

DE LA MUJER MODERNA A LA MUJER NUEVA:
LA VENUS MECÁNICA DE JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ

TERESA BORDONS
University of California, San Diego

José Díaz Fernández, periodista y escritor, miembro del partido Radical-Socialista, escribió *La Venus mecánica*¹ en 1929 durante su estancia en la cárcel y en el exilio. La creación en la novela del personaje de Obdulia que propone, en apariencia, una ruptura con la representación tradicional de la mujer parecería estar en contradicción con el voto negativo que Díaz Fernández otorga en 1931 a la propuesta del sufragio femenino. Lejos de ser ésta una contradicción personal, la actitud de Díaz Fernández ilustra claramente un aspecto de los muchos conflictos que planteaba en la década de los veinte la llamada «cuestión de la mujer».

El interés de *La Venus mecánica* reside precisamente en el modo en que se entrelazan en el texto esta «cuestión de la mujer» y el gran problema que era el intelectual progresista «la cuestión del proletariado». Díaz Fernández utiliza a la mujer en su otredad para conectar con otra otredad, la del proletariado, que era la que realmente le preocupaba como intelectual de izquierdas.

¹ El hilo argumental de la novela son las relaciones del periodista Víctor Murias con Obdulia, hija de una familia burguesa arruinada. Los celos infundados de Obdulia la llevan a aceptar un trabajo como modelo fuera de Madrid y a conocer al industrial don Sebastián del que se hará amante. Cuando queda embarazada, Obdulia vuelve a buscar la reconciliación con Víctor, aborta en el extranjero y empieza una nueva vida junto al periodista, quien está participando en la oposición a la dictadura del general Villagomil (Primo de Rivera). Obdulia tiene un hijo de Víctor, pero el niño muere mientras el periodista está encarcelado por haber participado en la huelga general contra el dictador. En la escena final en la cárcel, Obdulia le anuncia la muerte del hijo y en un final abierto y esperanzado ambos se comprometen a luchar por cambiar la situación de injusticia. Intercalados en la narración central aparecen una serie de textos de carácter lírico autónomos pero relevantes al argumento central y dos narraciones totalmente independientes sólo tangencialmente relacionadas con el resto.

Víctor Murias representa en la novela esta posición ideológica y su amigo Sureda la del intelectual liberal que tiene como modelo a Gregorio Marañón, amigo personal de Díaz Fernández.

A pesar de las diferencias políticas que pudieran existir entre Marañón y Díaz Fernández, no parecen ser tan dispares sus opiniones respecto a la situación de la mujer en la sociedad española². Las teorías del doctor Marañón sobre la sexualidad contribuyeron en gran medida a reafirmar el papel de subordinación de la mujer en la época y José Díaz Fernández continúa en la tradición de utilizar a la mujer como metáfora en la construcción de la subjetividad masculina. El verdadero protagonista de *La Venus mecánica* es Víctor, cuyo conflicto de clase como burgués simpatizante de la causa obrera se canaliza y se resuelve a través de la opresión y aparente liberación de Obdulia. La imagen de la *Venus mecánica* es la metáfora de lo que debe arrasar la revolución, la explotación obrera en el mundo industrializado materializada en el cuerpo de la mujer, pero el género femenino seguirá teniendo en la novela su fiel representación en una Venus sensual y fecunda, objeto sexual del hombre y madre de sus hijos.

La Venus mecánica marca la transición entre la narración vanguardista y la novela social. Mantiene en común con las técnicas vanguardista el empeño de romper con la estructura y el lenguaje de la novela heredada del realismo decimonónico, intercalando capítulos de carácter lírico o desconectados de la narración principal y utilizando metáforas del tipo que Gómez de la Serna bautizó como greguerías («la noche metió su hombro de etíope hasta el helado espejo»). Pero en el desarrollo de los personajes principales es donde se manifiesta claramente el alejamiento del tipo vanguardista y deshumanizado que habían creado los jóvenes novelistas siguiendo las pautas de *La deshumanización del arte* de Ortega.

Lo que desde un principio aleja al personaje de Obdulia de las representaciones de la mujer que se encuentran en las novelas vanguardistas es su situación de hija de familia bien venida a menos, lo cual la coloca en el difícil trance de buscarse un modo de vida. A pesar de la esmerada educación que —para la época— ha recibido Obdulia le es difícil encontrar un trabajo y su opción

² En la discusión en las Cortes Constituyentes de 1931 sobre la concesión del voto a la mujer el diputado Balbontín afirmó: «No se me argumente, como decía el Sr. Díaz Fernández, con la teoría biológica de Marañón...». (Campoamor 222.)

va a ser vender su cuerpo trabajando primero como tanguista —es decir, sirviendo de reclamo en un cabaret para que los clientes consuman—, después como modelo y finalmente, convertirse en la amante de un industrial minero.

La dura realidad a la que debía enfrentarse la mujer burguesa que intentaba conseguir una independencia económica le proporciona a Díaz Fernández el contexto adecuado para elaborar su metáfora. La desintegración de la familia coloca a Obdulia en una especial situación de «indiferenciación» social. El padre o esposo, el hombre, es el elemento decisivo para establecer la filiación social de la mujer. El padre de Obdulia ha desaparecido después de arruinarse antes de que su hija pueda haberse casado, lo cual hace de ella un personaje muy propicio para establecer el juego de transición social que el autor necesita.

El matrimonio era tradicionalmente la solución económica para la mujer burguesa, pero desde las primeras décadas del siglo XX se registra un descenso de la tasa de nupcialidad y un aumento de la edad media de matrimonio. El alza del coste de la vida a partir de 1914 hace que sea cada vez más difícil para el hombre tomar la decisión de fundar una familia, de manera que la muchacha de clase media se va a ver obligada a hacer su entrada en el mercado de trabajo. En el caso de Obdulia esta situación de «señorita déclassée» se radicaliza por la desaparición de cualquier lazo familiar. La decisión de Obdulia, forzada por las circunstancias, de dejarse explotar sexualmente permite a Díaz Fernández establecer la conexión con la situación de explotación de la clase obrera. A la vez los innegables burgueses de Obdulia facilitan la relación que va a establecer con Víctor.

La realidad de la integración de la mujer al mundo laboral provocó grandes polémicas en España. Entre los partidarios de aceptar su inevitabilidad que viene dada por la situación social y económica que atraviesa el país está José Francos Rodríguez que a la luz de las estadísticas de matrimonio de 1920 aboga por aceptar lo que ya es un hecho: «Está, pues, probado que en España si el matrimonio es la carrera de las mujeres, hay que pensar en darles medios para que desenvuelvan su vida, porque son muchas las que se quedan sin marido» (241).

Las limitaciones materiales que encuentra la mujer a la hora de buscar trabajo son muchas: su menor preparación para competir con el hombre, el menor salario que percibe por igual es-

fuerzo, la restricción a cierto tipo de trabajo acorde con la «naturalidad femenina»... y a esto debe sumarse el lastre ideológico de carácter moral-religioso que hace más difícil dar este paso. Todas estas restricciones se justifican desde los círculos científicos masculinos por el carácter determinante de la constitución biológica de la mujer. Respecto al salario de la mujer trabajadora Marañón afirma: «Por ello [la debilidad física femenina] el capitalista, que no suele tener sentimentalismos que deformen su visión de la realidad, procede con lógica al dar menos sueldo en sus fábricas o en sus minas a la mujer que al hombre» (*Tres ensayos* 45). Y en cuanto al tipo de trabajos adecuados a la naturalidad femenina opina que son «[l]os oficios que exigen minuciosidad, paciencia y habilidad manual a cambio de poco gasto de tensión muscular y nerviosa y poca inventiva» (123).

Los enormes impedimentos con que se encuentra la mujer que quiere trabajar la llevan, en situaciones límites como es la de Obdulia, a rendirse a la condición de objeto sexual. Francos Rodríguez advertía cual podría ser la consecuencia de seguir poniendo tan rígidas restricciones al trabajo de la mujer: «Así se constituyen oficios femeninos a los que pudiera llamarse peligrosos. el teatrò... las camareras de cafés y botillerías, que ahora llaman bares... las que hacen de maniquí en los grandes talleres de modistas...» (285). La preocupación que se advierte en el discurso masculino no viene dada por la convicción de que la situación de la mujer sea una situación de explotación; la calificación de este tipo de trabajos —exactamente los que realiza Obdulia— como «peligrosos» es significativamente ambigua respecto a quién o qué está en peligro. Se podría interpretar que la mujer que desempeña tales ocupaciones se ve abocada a dar el mal paso que la lleve por el camino de la prostitución, el paso que Díaz Fernández hace dar a Obdulia. Este tipo de interpretación es la que buscaba provocar probablemente Francos Rodríguez, en una primera instancia, de acuerdo a su posición paternalista de apoyo a la mujer. Pero, evidentemente, se puede interpretar también que el peligro que se perfila apunta más bien hacia el sistema de dominación masculina, el cual ha hecho del discurso sobre la sexualidad femenina, o mejor dicho, de la ausencia de sexualidad femenina, uno de sus más poderosos instrumentos de subordinación. La mujer decente se define por la ausencia de cualquier tipo de deseo sexual y el marcado aspecto sensual de las ocupaciones mencionadas ante-

riormente amenaza con diluir las claras demarcaciones de la mujer decente y la que no lo es. Esta ambigüedad respecto al comportamiento sexual femenino está íntimamente relacionada con la ambigüedad respecto a la clase social a la que pertenecen estas mujeres desclasadas a las que Díaz Fernández dedica su «Capítulo para muchas solas» en *La Venus mecánica*:

Algún día ha de llegar en que no existan esas muchachas perdidas, indecisas, que merodean alrededor del bar económico donde han comido alguna vez. No se atreven a entrar porque en el fondo de su bolso no hay más que la polvera exprimida, la barra de carmín, sangrienta y chiquita como un dedo recién mutilado... Muchachas de zapatos gastados y sombreros deslucidos, que buscan un empleo y terminan por encontrar un amante... No se sabe quién ha de redimir las,... Pero algún día la vida tendrá un sentido más puro y un gesto más humano. Puede que entonces ciertos novelistas echen de menos este precioso material de emoción suburbana... (82)

Es notorio el énfasis del texto en la apariencia externa de la mujer y en la situación de indecisión y pérdida, que apunta a esa indiferenciación de clase y comportamiento sexual a la que se enfrenta una mujer sola. No es muy diferente la propuesta del narrador de redimir y guiar a la mujer de la que expresa en determinado momento en la novela el doctor Sureda respecto al pueblo: «Hay que guiarlo» (36). Si este tono paternalista respecto a la clase trabajadora disgustaba a Víctor (en este aspecto, al menos, representación del sentir de Díaz Fernández), es exactamente el mismo tono redentor que el narrador, en primera persona del plural, del texto para las muchachas solas utiliza para referirse a ellas. La imagen de la mujer indefensa y vulnerable traspasando los límites de las clases sociales resulta un medio efectivo de apuntar a la necesidad de redención de las clases explotadas, evitando dirigirse a ellas directamente con el tono condescendiente que el intelectual reprocha a los liberales. En el capítulo citado arriba se reconoce explícitamente que la mujer es objeto de cierto discurso literario masculino («este precioso material de emoción suburbana»), pero también se infiere del texto que esa situación va a cambiar y que, de cualquier manera, el propio autor no se considera dentro de ese grupo de «ciertos novelistas»

que utilizan a la mujer para despertar las emociones. Pero en la novela de Díaz Fernández Obdulia, representante de la muchacha que busca un empleo y encuentra un amante, se convierte en definitiva en objeto de otro discurso masculino y es objeto en un doble sentido pues está representando a través de su subordinación sexual y económica otra subordinación de clase. Su otredad es representación de otra otredad.

Aparentemente, Obdulia habría traspasado las barreras de clase al dedicarse a los oficios que menciona Francos Rodríguez y experimenta la explotación capitalista que el protagonista masculino, Víctor, desde su mesa de periodista sólo puede analizar en teoría. Pero, en realidad, el acercamiento de Obdulia al proletariado no pasa de ser una metáfora pues tampoco ella es capaz de desprenderse totalmente de sus orígenes burgueses: «Pero la realidad resultaba demasiado dura. Ella querría trabajar, ganarse la vida como una de aquellas muchachas de los talleres y las oficinas que cruzaban en grupos alegres la Puerta del Sol» (80). Nunca se explica porqué no busca trabajo Obdulia en una fábrica, por ejemplo, pero es evidente que una cierta conciencia de clase se lo impide, igual que le hace ver a través de una óptica idealizada la realidad del trabajo de la mujer obrera. A pesar de ser utilizada en la novela para conectar con otros oprimidos, la cuestión de clase no puede borrarse.

En la escalada de su explotación como mujer, Obdulia llega a enfrentarse con una realidad más cruda de la explotación de la mujer obrera en su visita a las minas de don Sebastián, que se convertirá luego en su «protector», y es allí donde empieza a incubar su rabia:

—Y estas mujeres, ¿cuánto cobran por hacer este trabajo?...

—Pues de cuatro a cinco pesetas por las siete horas. Pero muchos de esos chiquillos son de la familia. Entre todos sacan un buen jornal.

El que respondía era el ingeniero. Obdulia le miró con rencor. Ocho, diez pesetas; es decir, lo que ella se gastaba en una caja de bombones, en una butaca para el cine. Recordó el «Renault» del minero, veloz y confortable, y le pareció que iba tirado por aquella muchedumbre macilenta y descalza (113).

El odio que, como mujer explotada sexualmente, siente Obdulia hacia el industrial va a empezar a encauzarlo en una corriente más poderosa en la que se siente solidaria de otros grupos oprimidos por el mismo dueño. Patriarcado y capitalismo se funden así en un mismo enemigo y en la lucha contra él, a la par que la distinción de género sexual, parece que se diluye la distinción de clase, al menos en el caso concreto de la mujer, ya que está compartiendo con el obrero su explotación. El conflicto que supone para el intelectual la búsqueda del contacto con el proletariado no se resolverá en el texto hasta que, al final, esta experiencia de la mujer confluya con la primera experiencia de represión física sufrida por Víctor al ser encarcelado.

La convivencia de Obdulia con el industrial va alimentando en ella, a la vez, el odio y la solidaridad: «Sentía incrustado en la garganta un grito enorme de protesta, una increpación rencorosa contra la despótica voluntad de los fuertes» (146). Y al conocer la contribución generosa de don Sebastián para levantar un templo, ve con toda lucidez los estrechos lazos que unen a la Iglesia y a los explotadores: «Había olvidado el Dios de su infancia y no podía transigir con la idea de que don Sebastián, católico militante, que llevaba colgadas al cuello medallas y crucifijo, comprase también con su dinero la felicidad eterna» (146). Y renuncia a una religión que está colaborando a mantener la injusticia que cada vez le salta más claramente a los ojos: «En lo que no puedo creer es en un dios que consiente tanta miseria aquí abajo» (147).

Una vez alcanzada la plena conciencia de la explotación a todos los niveles, Obdulia, sin embargo, no puede hallar otro camino para rebelarse más que la actuación individual y específica en contra de uno de los explotadores, don Sebastián: «Atada a aquel hombre con la ligadura del odio, que sujeta más que el amor mismo, Obdulia sería cadena de su cárcel, hierro de su tormento, venganza permanente de los obreros sin pan» (147).

El odio de Obdulia hacia el industrial minero y lo que él significa se materializa en su embarazo. El cuerpo violado de la mujer se convierte en un instrumento en el discurso político del hombre y la decisión de abortar de Obdulia no responde exactamente a una voluntad de estar en control de su cuerpo sino que nuevamente es una metáfora de la lucha contra el enemigo político. Ella opta por el aborto, en una clínica extranjera, porque cree que lo que está creciendo dentro de ella «[s]ería un hombre

malo o una mujer perversa» y acusa de frivolidad a otras mujeres que conoce en la clínica al decir: «...[Y]o tengo el convencimiento de que la mayor parte de estas mujeres obran así por razones de orden material por vivir una juventud bella y tranquila» (165). El aborto de Obdulia podría suponer un reto al discurso sobre la maternidad que desarrolla el sistema genérico-sexual dominante pero no creemos que llegue a serlo porque, nuevamente, no corresponde al contexto de la obra; Obdulia no cuestiona por qué tiene que irse al extranjero a abortar, ni por qué sólo las mujeres de cierta clase social lo pueden hacer. Resulta así que el aborto de Obdulia no es tanto un acto de liberación de su propio cuerpo como un acto para librar al mundo de un enemigo más.

La construcción del personaje femenino de Obdulia cobra aún más fuerza en contraste con otras representaciones de mujeres que aparecen en la novela rodeando al protagonista masculino, Víctor. Ninguna de ellas responde a la imagen de la mujer tradicional sino que, más bien, corresponden a la representación femenina fruto de los nuevos discursos masculinos que tratan de readaptar los viejos contenidos del sistema genérico-sexual dominante a las nuevas circunstancias socio-económicas.

Ante la creciente amenaza de una mujer que aspira a salirse de la esfera doméstica, única permitida a la mujer burguesa, y que pretende convivir con el hombre en la esfera pública, se levanta no sólo el discurso moral-religioso de los grupos más conservadores en defensa de la decencia y la familia sino el discurso liberal hablando, por ejemplo, en nombre de la ciencia, como es el caso de Marañón. Entendiendo que el género sexual «es, en realidad, la representación de una relación, la de pertenencia a una clase, un grupo, una categoría» (5), según expone Teresa de Lauretis, en la década de los veinte ciertas mujeres han empezado a desarrollar comportamientos que sobrepasan los límites de la representación que les sería propia según su sexo, de modo que el discurso patriarcal se enfrenta a la necesidad de reestructurar el concepto de género femenino.

El peligro que advierte el sistema patriarcal en el acceso de la clase femenina a ciertos puestos de trabajo es, en definitiva, el peligro de la independencia económica y, por tanto, la liberación de la sujeción masculina. Un mayor grado de educación y la posibilidad de optar a cierto tipo de trabajos antes absolutamente vedados a la mujer, podría llegar a atentar contra instituciones

como el matrimonio, la familia y finalmente la sociedad burguesa. Así, un liberal como Marañón, es partidario de dar a la mujer una cultura básica que le ayude a ser mejor madre pero en lo tocante a la educación superior que «la educación profesional no puede medirse por este mismo rasero» (*Tres ensayos* 84). Son varias las estrategias que tratan de atajar el peligro de una mujer dueña de su destino, y frente a la actitud tolerante de un Francos Rodríguez, quien propugnaba ampliar los límites de la categoría femenina a fin de solucionar un problema económico y social, la gran mayoría de las respuestas a la cuestión será de signo contrario, esforzándose en mantener la definición de feminidad e intentando frenar el proceso ya en marcha de su redefinición.

La reducción al ridículo de la imagen de la mujer fuera del ámbito doméstico que se supone que le es propio y, en último término, el recuerdo del deber intrínseco que ata a la mujer a la familia son dos respuestas combinadas que se utilizan en este sentido. Jacinto Benavente, por ejemplo, hace uso de ellas en su obra *Literatura*³, estrenada en abril de 1931, a pocos días de proclamarse la república. En ella muestra cómo la mujer escritora no es más que un objeto de burla y su esposo debe llegar a liberarla de un gran ridículo para reintegrarla a su hogar: «...Yo no ordeno, no mando... Eres tú la que ha de decidir el sacrificio... La obra es tuya... Tú dispones, pero piensa que al mismo tiempo dispones de algo que vale más, mucho más que esa obra» (741). Las circunstancias sociales ya no permiten apelar, sin más, a la autoridad del esposo a secas y se nos presenta un marido tolerante y comprensivo hasta donde es posible; ahora más que nunca el juego es apuntar a aquellos valores internalizados por la mujer que la representan como un ser abnegado y dispuesto a anularse por su familia: En estos momentos de transformación es sumamente importante que la mujer siga siendo fiel a la representación que de ella ha construido la ideología sexual dominante.

En un momento en que el comportamiento de ciertas mujeres sobrepasa los modelos sobre los que opera el sistema genérico-sexual de la época, según la cual cada sexo debe responder a un comportamiento genérico que se encuentra en la sociedad, una

³ En *Literatura* Matilde, casada y con una hija, llega a Madrid desde la provincia dispuesta a escribir una novela que triunfe en los círculos literarios de la capital, cuyos representantes son ridiculizados y criticados en la obra, con la excepción de un juicioso autor dramático.

de las respuestas a la amenaza de desequilibrio es desligar a tales mujeres del sexo mismo que le es propio para evitar transformar el modelo genérico. La mujer que no se ajusta a la representación de lo que debe ser una mujer, no es mujer biológicamente hablando. Y así, es decisiva la teoría desarrollada por el doctor Gregorio Marañón⁴ que explica la tendencia de ciertas mujeres a actuar en la esfera pública como consecuencia de un comportamiento hormonal femenino que se resume en «la virilización climática de la mujer» («Nuevas ideas» 172). Es decir, en el momento en que la mujer ya no está preparada para cumplir su función esencial que es la maternidad y, por tanto, ha superado el punto máximo de su feminidad, sus hormonas sufren una transformación viril y, de hecho, al no estar gobernada por hormonas femeninas deja de comportarse de un modo femenino. De este modo se sigue manteniendo una perfecta adecuación entre sexo y género sin que los valores culturales que éste representa se modifiquen. Si bien este comportamiento se describe como típico de la mujer pasada ya cierta edad se admite que «en mujeres geniales —y por tanto excepcionales—, esta aptitud puede existir desde la adolescencia. Y precisamente, la excepcionalidad

⁴ Los estudios endocrinológicos del doctor Gregorio Marañón contribuyeron a la polémica sobre el feminismo especialmente mediante el análisis de lo que él llamó «los estados intersexuales», aquellos estados del ser humano en que una alteración de las secreciones internas da lugar a la aparición de caracteres sexuales anatómicos y funcionales del sexo contrario. Según Marañón, a partir de una bisexualidad inicial el individuo evoluciona hacia la masculinidad o la feminidad puras pero se pueden advertir en ciertas etapas críticas de la vida del individuo, como son la pubertad y el climaterio, situaciones de «confusión sexual» en que coexisten rasgos sexuales secundarios y funcionales de ambos sexos. En este contexto explica Marañón el movimiento feminista como propio de aquellas mujeres maduras que, con muy tibio instinto maternal y feminidad poco definida, sufren las consecuencias de un estado intersexual.

Tras los estudios frenológicos de las últimas décadas del siglo XIX, que se esforzaron en demostrar la inferioridad de la mujer basándose en las características de su cráneo y su cerebro, y tras los trabajos de hombres como Spencer y Moebius que establecían una relación directa de carácter biológico entre el trabajo intelectual de la mujer y la disminución de su fecundidad, abogando por tanto, en el caso de Moebius, por una mujer «sana y tonta» (*La inferioridad mental de la mujer* 137), las teorías de Gregorio Marañón se podrían situar dentro de un contexto más amplio en que el énfasis en la inferioridad del sexo femenino está siendo sustituido por el énfasis en la diferencia entre los sexos, precisamente en los momentos en que la actuación de la mujer cuestiona de manera más clara el papel que le asigna la sociedad. En este sentido, habría que mencionar también los trabajos de Georg Simmel que aparecieron en *Revista de Occidente* («Lo masculino y lo femenino»).

en estos casos, no es otra cosa que la aparición prematura de la fase viril».

Las teorías del médico español deben situarse dentro del marco de los descubrimientos de Freud, cuyas obras se publican en español en 1922 con un prólogo de Ortega y Gasset. Marañón rechaza algunos aspectos de las teorías de Freud, por ejemplo en lo referente a la sexualidad infantil —sobre la que afirma: «Es seguro que nuestros niños no son así» («Los estados» 171)— y, en general, considera que las teorías freudianas, aun con ser ciertas en otros aspectos, pueden resultar peligrosas socialmente. Una vez más habría que preguntarse, ¿peligrosas para quién? Evidentemente para la dominación masculina que siempre ha obstaculizado la autoidentificación de la mujer a través de su sexualidad. Pero, por otra parte, la divulgación de la teoría freudiana sobre el origen sexual de la histeria femenina se convierte pronto en un arma más para la ridiculización de los comportamientos femeninos que escapan a los esquemas patriarcales y, en la novela de Díaz Fernández, el doctor Sureda es llamado «el médico de las locas» a cargo de «aristócratas y burguesas de nervios descompuestos, muchachas de sexualidad pervertida, matronas menopáusicas» (35). Y, en definitiva, la mujer que hubiera podido escapar de las argumentaciones moralizantes en cuanto a su deber de esposa, madre o hija y hubiera luchado contra las injusticias laborales, todavía tendría que sufrir que se la acusara de no ser mujer o de estar loca.

El otro extremo del discurso sobre la mujer no-femenina —adjetivo que, en este caso concreto, reúne en su significado los dos conceptos que en inglés se diferencian como «female» y «feminine», lo biológico y lo social— construye la imagen de la mujer muy femenina, llegándose a hablar en este caso de la «Superhembra», calificativo que demuestra, primero, el énfasis en que, en última instancia, lo biológico es lo que cuenta y, segundo, la presión de la que está siendo objeto todo el discurso genérico-sexual desde el momento en que ni la palabra mujer, ni la palabra hembra son ya suficientes sino que es necesario que sea superhembra. La hipercaracterización demuestra el desgaste al que está siendo sometida toda la argumentación. Este prototipo de mujer es defendida por el doctor Novoa Santos, seguidor de las teorías de Marañón, y quien en la discusión del anteproyecto de Constitución de 1931 argumentaría duramente en contra del voto de la mujer

afirmando que el histerismo «es la propia estructura de la mujer» (Fagoaga 81). En un resumen de sus teorías que aparece en las páginas de la revista *Sexualidad* en 1928 se explica cómo frente al extremo de la mujer intelectual, que es un claro ejemplo de inversión sexual, se coloca la superhembra, cuyos atributos esenciales son la ternura y la fecundidad y que es definida como pan-sexual, toda ella encaminada a la procreación.

Estos argumentos de esencialismo biológico con pretendido apoyo científico que, por encima de las diferencias de matices acaban afirmando la inferioridad de la mujer frente al hombre, parecen haber tenido gran difusión al menos dentro de ciertos círculos médicos e intelectuales. Es interesante encontrar en algún caso junto a la matización de que la mujer no es inferior sino distinta, la introducción de un análisis económico-social en la polémica. En contestación a las tesis del mencionado doctor Novoa Santos aparece en la misma revista *Sexualidad* un interesante artículo de J. Maldonado que, sin nombrar las teorías biologicistas, añade el factor de la industrialización como elemento a tener en cuenta. Viene a decir que el desplazamiento que ha sufrido el hombre en su trabajo por la irrupción de la máquina, sumado a la aparición de la mujer en las fábricas, ha provocado una descompensación en los roles sexuales, haciendo que el hombre se sienta menos hombre. Es realmente interesante el planteamiento aunque no lo es su conclusión —«el hombre venerará a la máquina y la mujer volverá al hogar» (145)—, que, sin embargo, hace explícito el papel que juega el fenómeno de la industrialización y la situación económica en general en la transformación del sistema genérico-sexual.

El discurso sobre la modernidad industrial tiene una clara repercusión en las representaciones de la mujer burguesa que llenan las páginas de las novelas vanguardistas. Eran representaciones de mujeres «liberadas» que se construyeron en la retórica de la modernidad y el maquinismo en rechazo de la imagen de la mujer tradicional burguesa y que, pasando el momento fugaz en que constituyeron una amenaza contra el orden genérico-sexual establecido, acabaron contribuyendo a su fortalecimiento como ocurrió con el discurso vanguardista en general. Estas mujeres frívolas y bellas aparecen en la novela de Díaz Fernández rodeando a Víctor y estableciendo una clara oposición con el modelo de «la mujer nueva» que ha de representar Obdulia.

La imagen de la mujer «moderna» va a ser descalificada también como femenina desde algunos círculos, a pesar de que en este caso lo que constituye una amenaza va a ser más bien su apariencia exterior y su actitud provocativa, siendo un enemigo muy diferente al de la mujer intelectual. Pero, en definitiva, el peligro común era la tendencia a una indiferenciación sexual. Así lo veía en 1927 José Ortega y Gasset en un artículo titulado «¿Masculino o femenino?»: «El traje actual... oculta, ...aula, escamotea, el seno femenino... Las líneas generales de la actual figura femenina están inspiradas por una intención opuesta: la de parecerse un poco al hombre joven» (394). Ortega teoriza en este artículo acerca del «sexo» de la época en que le ha tocado vivir y afirma que «nuestro tiempo no es sólo tiempo de juventud, sino de juventud masculina» (390). La hegemonía de los jóvenes varones ha llegado, según Ortega, impulsada por «las grandes fuerzas anónimas, los poderosos alisios de la Historia»; ciertas actitudes de la mujer «moderna» tendientes a romper con la imagen tradicionalmente atribuida al sexo femenino no sería, según Ortega, sino consecuencia de una imitación pasiva potenciada por esos vientos caprichosos de la historia, pues «[t]ampoco sabe bien la mujer de hoy por qué fuma, por qué se viste como se viste, por qué se afana en deportes físicos» (393). En definitiva, se trata de quitar importancia a las manifestaciones externas que acompañan a los cambios que están teniendo lugar en el sistema genérico-sexual y reducirlas a los esquemas tradicionales que hablaban del carácter natural de la pasividad femenina, de su capacidad de imitación y de su incapacidad para ser sujetos de cambio. La juventud masculina que, según Ortega, tiene en su poder las riendas de la historia es la destinataria del proyecto cultural y político del filósofo y en 1923, en el primer número de la *Revista de Occidente*, al hablar de la poesía de Ana de Noailles afirmaba:

Es vano oponerse a la ley esencial y no meramente histórica, transitoria o empírica que hace del varón un ser sustancialmente público, y de la mujer un temperamento privado. («La poesía» 37)

Amparándose en esa «ley» de esencialismo biológico la mujer intelectual era rechazada prácticamente desde todos los discursos masculinos, con más o menos matices, pero esa nueva mujer «an-

drógina» que imita al hombre sin saber por qué —según Ortega— no deja de tener cierto atractivo para el hombre también moderno, en que despierta sentimientos contradictorios como los que se describen en *La Venus mecánica*: «El rostro aniñado, un poco andrógino, el sombrero de muchacho y la blusa cerrada, sugerían una de esas bellezas preparadas por la química cosmopolita... en realidad, aquella figura no era ya un producto natural, sino artificial. Pero un producto encantador» (40). Estas eran las impresiones de Víctor en *La Venus mecánica* ante la imagen de Edith en el comedor, en las que se une al comentario anterior de Ortega un nuevo elemento, el de la artificialidad, íntimamente ligado al fenómeno de la industrialización omnipresente en el discurso vanguardista. La euforia por los inventos modernos llevará a la exaltación de la máquina y de la mujer moderna hasta fundirlos en uno, como en *Hermes en la vía pública* de Antonio de Obregón: «Pero hablemos ahora de ti. Eres el mejor modelo de todos: moderno, confortable, de líneas distinguidas... Amo tu adorable carrocería y tu elegante suspensión, tus formas efébicas» (Obregón, 90). La mujer se ha convertido en una máquina, ha dejado de ser, como decía Víctor, un producto natural y en el paso siguiente, en el anverso de la euforia, dejará de ser mujer. La atrevida comparación de la mujer amada con un magnífico automóvil se escribe entre 1932 y 1933, ya en el declinar de la fiebre vanguardista, y su propia desproporción está anunciando su fin. Al final de la novela, la imagen de Blanca, saturación de la mujer moderna, hará explosión para volver a la representación femenina que ya se está añorando, Blanca despojada de todas las ropas y afeites en brazos del héroe: «Va tendida en ellos, inundándome con las cascadas de oro de sus extremidades. Desciendo la escalera y llego a la calle con mi preciosa carga, como si transportase un cesto de fruta madura acabada de recoger...» (230). La heroína ha vuelto a convertirse en un producto natural objeto del deseo del hombre y la mujer que representaba la modernidad va a empezar a carecer de todo atractivo llegando hasta la ridiculización que de ella hace Díaz Fernández:

—Tres horas nadando. He vencido a los muchachos más fuertes. Vea usted qué biceps. Toque, toque usted.

Víctor no tuvo más remedio que comprobar la dureza de aquel antebrazo. Era musculosa y sanguínea: un hermoso

ejemplar que nadaba, escribía versos y devoraba emparejados y pasteles (126).

Víctor conoce a esta variante deportista de la mujer moderna en el Club Femenino donde «el hombre sólo tenía acceso a la sala de té»; tal Club tiene su equivalente histórico en el Lyceum Club, lugar de encuentro de cierta élite intelectual femenina, sarcásticamente recreada por Díaz Fernández:

Las asociadas se esforzaban en demostrar que el otro sexo no les era necesario y que preferían el trato entre sí ... Pero como casi todas eran esposas, madres o hijas de intelectuales, en realidad lo que llevaban allí eran las opiniones de sus maridos, de sus padres o de sus hijos, expuestas aún con más encono y con mayor agresividad (124).

Este argumento de la influencia de los varones de la familia en el comportamiento y la ideología de la mujer se formulará exactamente desde el ángulo opuesto por los partidos republicanos de izquierda que se negaban a conceder el voto a la mujer en 1931, alegando que la única influencia que hacía mella en la mujer española era la del cura ⁵, y el mismo Díaz Fernández lo contempla desde este punto de vista unas páginas más adelante en la novela: «Eran católicas de tapadillo y mientras sus maridos defendían en la cátedra o en el periódico el librepensamiento, ellas se postraban en confesión a los pies de los Padres Jesuitas» (130). Sea como sea, se insiste en considerar a la mujer incapaz de discernir por sí misma, ya sea el cura, el hombre de la familia o los vientos de la historia que mencionaba Ortega y Gasset los que guían sus decisiones.

El tema de la influencia de la religión católica en la mujer española, sin dejar de tener una base real, lo cierto es que era también utilizado para servir a la subsistencia del sistema patriarcal y ya a finales del siglo XIX acusaba de ello a los hombres liberales la escritora Emilia Pardo Bazán: «Sean ellos lo que gusten... sus hijas, hermanas, esposas y madres no pueden ser ni

⁵ Es necesario recordar aquí que las diputadas Margarita Nelken (socialista) y Victoria Kent (radical socialista) votaron en contra de la concesión del voto a la mujer por esa misma razón. Clara Campoamor (radical) fue la única de las tres diputadas que defendió el sufragio femenino.

son más que adrendadas católicas» (34). «De este dualismo en el criterio varonil nacen contrastes sumamente curiosos entre la vida privada y la pública de los personajes políticos españoles» (35).

La abogada Clara Campoamor, al relatar en 1936 sus experiencias en la defensa del voto para la mujer en las Cortes de 1931, llega a las mismas conclusiones:

El hombre liberal español, que se llama de ideas avanzadas... consentía y adelantaba una incomprensible dualidad ideológica en el hogar... «Es bueno que la mujer tenga el freno de la Iglesia». Juicio que descubre todo el profundo desprecio masculino por la hembra... toda impotencia del hombre laico y liberal para comunicar el ideal que sirve, y toda la falta de ética al confiar la misión del bocado a la Iglesia que teme y combate (13-14).

Esta «dualidad ideológica» a la que se refiere Clara Campoamor tiene su razón de ser en un doble sistema, genérico-sexual y económico, social y político que en la novela de Díaz Fernández se pretende fundir en un solo enemigo a través del desarrollo del personaje de Obdulia.

El desprecio por las organizaciones femeninas burguesas plasmado en la ficción del Club Femenino se corresponde con las reflexiones de Díaz Fernández sobre el movimiento feminista recogidas en su ensayo de 1930 *El Nuevo romanticismo*, donde afirma que «el sufragismo es un fenómeno liberal sin más importancia que los escándalos neuróticos de la señora Pankhurst» (37). Ya veíamos antes que la desacreditación del feminismo como fenómeno marginal propio de unas cuantas mujeres histéricas había encontrado terreno propicio en España a partir de las teorías de Marañón, con base en las teorías de Freud, y aunque el intelectual de izquierdas rechaza el movimiento feminista argumentando que es un fenómeno burgués y afirma que «[n]uestras damas del movimiento femenino están todavía tan retrasadas que siguen pidiendo para la mujer el voto político y el escaño parlamentario» (*Nuevo Romanticismo* 38), lo cierto es que su consideración sobre la mujer, al tratar de marginarla del discurso racional por considerarlo exclusivo del género masculino, no difiere en nada de los argumentos patriarcales de la burguesía dominante que pretende combatir.

La mujer intelectual aparece ridiculizada y representada en el

texto de Díaz Fernández por las mujeres pertenecientes al Club Femenino, la escultora vanguardista Aurora Nitti y Miss Mary y su nueva religión, y la mujer moderna, heroína de las novedades de vanguardia, a la que Ramón Buckley y John Crispin definen como «una mujer misteriosa, cambiante, tornadiza, difícil, quizá imposible de aprehender» (154), encuentra su representación en Elvira y la condesa Edith, materialización de un ideal andrógino y artificial que se aparta del ideal tradicional de la feminidad.

Las reflexiones de Víctor acerca de la mujer originadas ante la contemplación de la condesa acabarán desplazando un problema originado en el sistema patriarcal hacia otro terreno que ignora la cuestión del género sexual:

Víctor pensó en lo lejos que se encontraba aquella mujer de la mujer académica, mórbida y maternal, capaz de promover el entusiasmo erótico del bosquimano... Un latino no podrá nunca contemplar a la mujer sino como una deidad caprichosa y terrible. Víctor se reconocía ante la inédita extranjera mucho peor que un latino; se veía cargado con las cadenas del español celoso, brutal, caballeresco... «En esto soy todavía un poco salvaje» (39-40).

Estas reflexiones se sitúan dentro del marco general de la polémica sobre la necesidad de sacar a España de la barbarie que la había mantenido alejada de Europa, sinónimo de civilización. Sureda, ejemplo de intelectual liberal europeizante en la línea de Ortega y Gasset, explica las contradicciones de Víctor por no haber superado todavía lo que de bárbaro y salvaje tiene el hombre español: «Dos hombres viven en usted en constante disputa: el español secular y el europeo civilizado» (41). De esta manera, la cuestión del comportamiento con las mujeres se desplaza y se diluye en el tema de la europeización de España que estaba empezando a sufrir, por otra parte, una transformación en cuanto a la adjudicación de los términos civilización y barbarie dada la nueva fuerza que emerge de la revolución rusa y el surgimiento de los movimientos fascistas.

La indiscutible atracción física que siente Víctor por la «inédita extranjera» de la cita anterior le coloca en una difícil situación dadas las opiniones políticas de Edith, la condesa austríaca que huye de los cambios en su país y confía en la vuelta al orden, pues «Dios no puede consentir el triunfo de la plebeyez, de la

barbarie» (152). El periodista critica la actitud aristocrática de Edith: «Esta mujer piensa que un pueblo que se sacude la esclavitud es un pueblo bárbaro. Para ella, ser civilizado será dejarse guiar mansamente por los nobles» (152), pero sucumbe a sus encantos de manera que «delante de Edith no estaba nunca sereno. Era ella la única que le hacía olvidar a Obdulia» (67). La mujer moderna, protagonista de la novela deshumanizada burguesa, se enfrenta a la mujer nueva, Obdulia, cuya historia va a marcar la transición hacia la novela social. Finalmente la figura fuerte de Obdulia, cada vez más fuerte en sus convicciones revolucionarias, se impondrá ante la condesa que representa la Europa decadente, pero la imagen de ésta constituye una fuerte rival:

Las mujeres más atractivas son esas mujeres orgullosas, difíciles, que parecen rodeadas de una alambrada de aspereza... era Víctor el que huía vergonzosamente de la condesa, seguro de que si ella seguía hablando llegaría a corromperle el pensamiento y moverle a su antojo como un muñeco (153).

El antojo de la condesa resultaría en el abandono de Víctor de sus convicciones políticas y frente a esta imagen femenina de misteriosa y arrolladora personalidad es necesaria la presencia y la convicción política cada vez más profunda de Obdulia, el eslabón que lo una al proletariado.

Obdulia le va a dar finalmente un hijo a Víctor y en nombre de este hijo pronuncia una de sus más duras críticas al sistema político dominante: «Mi hijo no se bautiza —dijo bruscamente Obdulia... Quiero hacerlo un hombre libre, que escoja su verdad sin coacciones. No quiero curas ni maestros estúpidos» (196).

La maternidad de Obdulia, quien antes se había negado a ser madre de un ser que estaba predestinado a ser un enemigo, pues había sido engendrado por un hombre que lo era, se convierte ahora en símbolo del hombre nuevo. Al hacer Díaz Fernández madre a Obdulia nuevamente se acerca a las formulaciones de Marañón que decía: «La mujer tiene reservado el destino, aun más transcendental: el de hacer al Hombre padre de la Historia» (*Tres ensayos* 144). Las diferencias políticas de ambos intelectuales no impiden que estén de acuerdo respecto a cuál debe ser el papel de la mujer en la sociedad. La mujer no es sujeto de la Historia, la biología marca su destino como reproductora de los únicos que pueden actuar como tales sujetos, los hombres.

La misión de la protagonista de *La Venus mecánica* es dar a luz al representante de los sujetos de una nueva historia, la historia de las transformaciones políticas y sociales. Obdulia descubre que está embarazada en el hospital al que ha llegado después de ser herida por una descarga de la policía que perseguía a los obreros el día de la huelga general. Ante los atropellos de las fuerzas represivas, Obdulia no pudo permanecer impasible y «ciega, frenética, erguida como una virgen roja, increpó a los jinetes desde la acera: ¡Canallas! ¡Canallas!» (193). Sobre la imagen, ya derrotada, de una Venus mecánica, víctima de la explotación sexual y capitalista, heroína de la narrativa burguesa de vanguardia deslumbrada por la industrialización, se yergue ahora una nueva imagen de mujer, la virgen roja. La representación de la mujer sigue estando estrechamente vinculada a su sexualidad, una vez más, metáfora, siendo la «virginidad»⁶ de Obdulia un símbolo de su renacer a la conciencia revolucionaria. La representación de la mujer moderna de los vanguardistas alcanzará su culminación en la imagen ya comentada de la comparación de la mujer y la máquina para, acto seguido, volver a encarnar los valores «naturales» de la Venus clásica, objeto sexual del hombre. La Venus objeto de la crítica socio-política de Díaz Fernández va a ser relevada por otra de las imágenes femeninas largamente veneradas por la ideología sexual dominante, la de la virgen-madre, aunque se pretenda que ha sido radicalmente transformada por el adjetivo roja.

Los valores atribuidos por el sistema genérico-sexual burgués a la mujer, la virginidad y la maternidad, permanecen prácticamente intactos en la novela. Los comportamientos asignados a la mujer según el sistema genérico-sexual no se cuestionan realmente y una prueba más del funcionamiento a pleno rendimiento de los esquemas vigentes que delimitan los comportamientos de cada género sexual se da en la diferente actuación de Obdulia y Víctor con ocasión de la huelga general: «Víctor se pasó el día y la noche trabajando..., él informaría al mundo del primer estallido de la revolución obrera. En aquel momento, más que periodista, se sentía colaborador del proletariado combatiente» (189).

⁶ Uno de los relatos de *El blocao* (1928) de José Díaz Fernández se llama «Magdalena roja». Sería interesante analizar el significado de las dos representaciones como prostituta y como virgen de cada una de las protagonistas.

Al talante de revolucionario teórico de Víctor se suma su condición de varón, al que se atribuye un carácter racional y reflexivo frente a la actuación impulsiva y sentimental propia de la mujer que llevará a Obdulia a sufrir en su carne la represión de la policía cuando sale a la calle en busca de Víctor. Es el cuerpo de Obdulia frente a la mente de Víctor. La materialidad de la prostitución, el aborto, la virginidad, la maternidad —todo lo relacionado con el cuerpo femenino— está supliendo en la novela la no-maternidad del compromiso del intelectual, que sólo al final, en la cárcel donde recibe la noticia de la muerte de su hijo, llega a experimentar la realidad del oprimido, el eslabón que faltaba para sentirse verdaderamente implicado en la lucha:

—Hasta ahora yo no sabía lo que era el dolor. Pero advierto que el dolor no puede conmigo.

Obdulia, amor mío, me encuentro más dispuesto que nunca. Cuando salga...

—Cuando salgas, yo te ayudaré a preparar nuestra venganza (216).

La muerte del hijo y la estancia en la cárcel son el contacto con la realidad que funciona como el detonante para una actuación práctica del intelectual mientras que la furia de Obdulia, largamente alimentada, siente la necesidad de buscar un cauce racional que Víctor le proporcionará. No dejan de ser significativas sus palabras finales prometiendo su «ayuda», pues en realidad a lo largo de toda la novela la protagonista femenina no ha hecho otra cosa que ayudar al desarrollo del carácter de Víctor. El hombre que ella conoció en un cabaret, oscilante «entre el escepticismo y la acción, como un corcho entre dos olas» (81) ha madurado humana y políticamente. Atrás queda la herencia des-humanizada y escéptica que lo ligaba a los héroes vanguardistas, desplazados por las circunstancias políticas de 1929 que necesitaban de hombres comprometidos, de intelectuales comprometidos.

La tarea no iba a ser fácil para aquellas mujeres conscientes de que se trataba de una doble lucha contra el patriarcado y contra el sistema político vigente. Hemos visto como incluso aquellos hombres a los que nadie se atrevía a llamar reaccionarios no parecían estar dispuestos todavía a aceptar las transformaciones del sistema genérico-sexual. Esto es así aun en el caso del creador de un personaje como Obdulia, capaz de haber llegado

a desentrañar y retar el funcionamiento de los llamados «aparatos ideológicos estatales» —Iglesia, familia, escuela— y dispuesta a colaborar en la creación de una nueva base socio-económica que libere a los mineros de la explotación de que son víctimas. Sólo como metáfora se puede entender la figura de Obdulia y son escasas todavía en 1931 las representaciones femeninas que plantean una verdadera ruptura con la imagen tradicional de la mujer española, dominada por el yugo de la Iglesia, no hay que olvidar la complicidad de los hombres «progresistas» para que esta situación no cambiara y no hay que olvidar, por encima de todo, que más allá de los argumentos políticos lo que pesa es la necesidad de defender hasta el final el dominio masculino.

La protagonista liberada de *La venus mecánica* es una creación masculina y su creador votó en contra del voto para la mujer, no como parte de un proyecto revolucionario total en contra del parlamentarismo burgués, como argumentaba en *El nuevo romanticismo*, ni únicamente porque veía en la participación política de la mujer una amenaza para la república recién instaurada sino porque todavía, quizás a pesar de sus ilusionados proyectos, creía a la mujer limitada por su inferioridad biológica.

Si en la novela Víctor no comparte las tibias ideas políticas liberales de su amigo Sureda, ambos comparten en cambio la que era opinión dominante de los hombres españoles sobre la mujer en el agitado período socio-político de los años veinte. Ninguno de los dos reconoce la existencia de un sistema de opresión patriarcal del que forman parte. El personaje de Obdulia es posible dadas las condiciones de cambio que se están dando en el sistema genérico-sexual pero, como hemos tratado de demostrar, la represión de la mujer no ha sufrido una transformación significativa, no se ha superado el esencialismo biológico que mantiene a la mujer al margen de la historia y la representa como objeto de los discursos masculinos. La creación de la virgen-madre roja ha servido para que el personaje masculino supere, en apariencia, su conflicto de clase que constituía el núcleo de las preocupaciones que Díaz Fernández manifestaba en *El nuevo romanticismo*:

...la obra que nos incumbe a los que tenemos treinta años y trabajamos en oficios intelectuales es agruparnos en organizaciones que actúen paralelamente al obrerismo revolucionario, para preparar el día de mañana, el de una nueva civilización (133).

La evolución política de Díaz Fernández hacia posiciones más modernas dentro del republicanismo burgués en los años de la II República demuestra que no pudo encontrar el camino para poner en práctica sus propósitos de 1930. Su obra literaria, aunque escasa, supuso, sin embargo, la ruptura de una generación con la literatura deshumanizada de la vanguardia y la defensa de una literatura avanzada, como él la bautizó, consciente de su función social y política. Fue un hombre progresista de su tiempo que representa las contradicciones que, como intelectual pequeño burgués y varón, aún siguen influyendo en muchos hombres de finales de su siglo.

OBRAS CITADAS

- Benavente, Joaquín. *Literatura*. 1931. *Obras Completas*, tomo V. Madrid: Aguilar, 1962.
- Buckley, Ramón y John Crispin. *Los vanguardistas españoles (1925-1935)*. Madrid: Alianza, 1973.
- De Lauretis, Teresa. *Technologies of Gender*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 1987.
- Díaz Fernández, José. *El nuevo romanticismo*. 1930. Madrid: José Esteban editor, 1985.
- , *La Venus mecánica*. 1929. Barcelona: Laia, 1980.
- Fagoaga, Concha y Paloma Saavedra. *Clara Campoamor, la sufragista española*. Madrid: Dirección General de la Juventud y Promoción Socio-Cultural, Subdirección General de la Mujer, 1981.
- Franco Rodríguez, José. *La mujer y la política española*. Madrid: Pueyo, 1920.
- Maldonado, J. «Feminismo y sexualidad». *Sexualidad (Higiene Social)*. 163 (1928): 141-143.
- Marañón, Gregorio. «Los estados intersexuales en la especie humana» 1927. *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Espasa-Calpe, 1967. 155-185.
- , «Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos». 1928. *Obras completas*. Tomo II, Madrid: Espasa-Calpe, 1967. 165-183.
- , *Tres ensayos sobre la vida sexual*. 1926. Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Moebius, P. J. *La inferioridad mental de la mujer (La deficiencia mental fisiológica de la mujer)*. Traducción y prólogo de Carmen de Burgos Seguí. Valencia: Sempere, s.f.
- Obregón, Antonio. *Hermes en la vía pública*. Madrid: Espasa-Calpe, 1934.
- Ortega y Gasset, José. «La poesía de Ana de Noailles». *Revista de Occidente* 1.ª ser. 1 (1923): 29-41.
- , «¿Masculino o femenino?» 1927. *Sobre el amor*. Madrid. Plenitud, 1963. 382-396.
- Pardo Bazán, Emilia; «La mujer española». 1890. *La mujer española*. Madrid: Editora Nacional, 1981.
- Simmel, Georg. «Lo masculino y lo femenino. Para una psicología de los sexos». *Revista de Occidente* 1.ª ser. 5 (1923) y 6 (1923).